

—Es para ella, es para ella, es para ella.
Y añadió:

—Vamos, ya está comprendido el misterio..... esas ausencias son celos..... ese lujo lo habrá sacado el pobrecillo del centro de la tierra para agradarla..... para darle en los ojos....

Con la carta en la mano se acercó á la ventana, y divisó á Magdalena, que todavía estaba detras de los cristales.

Verla y hacerle una seña, todo fué obra de un momento.

Magdalena comprendió que tenía algo que decirle y adelantó su risueño semblante hasta tocar con la barba en la superficie del cristal.

Este movimiento era una pregunta que queria decir:

—¿Qué es?.....

Así por lo ménos debió entenderlo la señora Gertrúdis, pues con un gesto sumamente expresivo alzó el brazo y le enseñó la carta.

CAPÍTULO XI.

El Jefe de la policía secreta.

Las antesalas del ministerio de la Gobernacion estaban llenas de pretendientes, y los despachos de los directores y de los oficiales de la secretaría estaban llenos de diputados, viéndose el Ministro cogido entre los primeros, que pretendian segun sus méritos, y los segundos, que pedian segun su influencia....

Claro está que los últimos se lo llevaban todo, no dejando nada á los primeros, porque es práctica parlamentaria que el diputado ministerial tenga parientes, amigos y paniaguados en número inagotable, á los que es preciso tapar la boca con jirones del presupuesto, para que el diputado pueda abrir la suya y votar con el Gobierno.

En la ocasion presente el ministerio habia acordado en Consejo de ministros abrir la mano á todo género de pretensiones para tener compacta á la mayoría, que en el incidente del empréstito fracasado por el artículo de *El Oriente*, habia empezado á enseñar la oreja.

Era, pues, preciso dejar á los diputados ministeriales que devoráran el presupuesto como lobos, para que despues votáran como corderos..... esto es elemental en el *teje maneje* de los gobiernos parlamentarios.

Podia el ministerio disolver las Córtes, respirar tres meses y convocar otras; pero le traia más cuenta tirar con aquéllas, porque en todo caso no haría más que cambiar una mayoría no harta por otra mayoría hambrienta.

El caso es que los diputados hacian mangas y capirotos de la administracion pública, repartiendo empleos, títulos y honores, adjudicando servicios al postor más amigo, obteniendo indultos para los criminales más recomendados á la justicia..... todo lo que, con la elevada dignidad del cargo que ejer-

cian, firmaban los ministros como por un barbecho.....

Entre tanto los pretendientes, que no llevaban más recomendacion que sus buenas hojas de servicios, pasaban las horas muertas en las antesalas y en las porterías esperando..... pura y simplemente por no desespejarse.

A. Gil y Agudo llegó á la portería mayor, sacó una tarjeta, y encima de su nombre en letra precipitada y con lápiz escribió esta palabra: «Urgentísimo», y entregó la tarjeta á un portero. Éste quiso leer el nombre contenido en ella, mas no pudo por lo diminuto de la letra; pero leyó sin vacilar la palabra escrita con lápiz, y encogiéndose de hombros, fué á llevar la tarjeta á su destino.

Medio minuto despues el mismo portero se le acercó al oido y le dijo:

— Su excelencia, que pase V. inmediatamente.

Nuestro hombre se detuvo, sacó su petaca, encendió un cigarro, y con toda la majestad de un gran personaje entró fumando

en el despacho del Ministro, dejando en posesión de sí la admiración y la envidia de los circunstantes y una nube de humo.

El Ministro, como una máquina, firmaba credenciales que otra máquina subalterna le iba presentando y recogiendo. Cada una de estas credenciales llevaba un *volante*, en el que iba el nombre del diputado á quien había de entregarse.

Al ver S. E. al Sr. Gil y Agudo le indicó una butaca para que tomara asiento, diciéndole:

— Soy con V. al momento.

Gil se sentó majestuosamente, echó la cabeza sobre el respaldo, y lanzó al techo artesonado una soberbia bocanada de humo.

Se acabó la firma, y el Ministro vino á sentarse delante de nuestro hombre, preguntándole:

— ¿Qué hay?

— Mucho, contestó éste.

— ¿Se conspira?

— Algo.

— ¿Qué se teme?

— Nada.

— Así lo creo, dijo el Ministro. Por ahora estamos seguros; tenemos el ejército de nuestra parte.

— Los ejércitos, replicó Gil, son como las mujeres, que en perdiendo lo que ellas llaman el honor, que no es más que la vergüenza, son cosa perdida; por consiguiente, excelentísimo señor, no debemos fiarnos.

— ¿Han tanteado á algunos jefes? preguntó el Ministro.

— Aún no, porque los conspiradores no tienen todavía dinero.

— ¿Se vigila al general.....?

— A toda hora.

— ¿Qué hace?

— Espera.

— ¿Qué?

— Oro.

— ¿De dónde?

— De donde venga.

— Es muy temible.

— No; muy caro.

— Va á ser preciso echarlo á Filipinas.

— ¡Oh! eso sería escandaloso.

— ¿Por qué?

— ¡Bah! porque lo merece.

— Pues es preciso alejarlo.

— Más bien creo yo que conviene tenerlo cerca.

— Es un peligro.

— Es peor que sea un héroe.

— ¿Qué haría V. con ese hombre?

— Yo, contestó Gil frunciendo la boca, en la imposibilidad de fusilarle, que sería lo más seguro, lo compraría antes de que acabara de venderse.

— Comprar á un traidor, replicó el Ministro con acento sentencioso, es comprar una traición.

— Cierto..... pero, señor Ministro..... es preciso que dé V. E. á las cosas el valor que tienen en la plaza; si ese hombre no fuera un traidor no valdria dos cuartos; y yo lo que digo es que se le condene á cadena perpétua.

— ¡A cadena perpétua! exclamó el consejero responsable, dando un salto en su butaca.

— Eso es..... No pudiendo echársele encima la cadena de hierro que arrastran los presidiarios, probablemente con ménos ra-

zon, no hay más remedio que sujetarlo con la cadena de oro que, en el presidio suelto de nuestros dichosos tiempos, arrastran todos los traidores.

— ¿Y dónde hay dinero para comprar tantas traiciones?

— No lo sé, porque eso no me incumbe; pero se podía adicionar el presupuesto con un nuevo capítulo para las necesidades de tan importante servicio, y los pueblos pagarían gustosos algunos millones más si llegáran á convencerse de que de otro modo los traidores le cuestan mucho más caros.

— Veo, dijo S. E. dando un nuevo rumbo á la conversacion, que estamos perdiendo el tiempo..... Decia V. en su tarjeta *urgentísimo*; y bien, ¿de qué se trata?

— Escribí *urgentísimo*, y debí haber añadido *gravísimo*..... pero vamos al asunto. Ya sabe V. E. que se habla mucho.....

— ¿De qué? preguntó el Ministro impaciente.

— De un asunto en sí insignificante, pues, que va tomando colosales proporciones..... en fin, no se habla de otra cosa.

—¿Y qué es ello? volvió á preguntar el Ministro.

—Es un tema que los enemigos del Gobierno están explotando con demasiado éxito.

—¿Han vuelto otra vez á la manía del empréstito?

—No. Ahora se dice y se asegura, y es más, hasta se cree por los mismos que lo propalan, que el ministerio está vendido.

—¡Hola! exclamó S. E. riéndose. ¿Y quién nos ha comprado?..... ¿Francia, Inglaterra ó Marruecos?..... Y dígame V., ¿de dónde han sacado semejante paparrucha?

—Vucencia, le advirtió Gil, no me ha entendido bien, sin duda porque yo me he explicado mal: se dice que el ministerio está vendido por uno de los ministros.

—Pero vendido..... ¿á quién?

—Me explicaré con más claridad..... Dicen que dentro del ministerio hay un ministro traidor.

—¡Dicen eso.....!

—Y aseguran que está el gabinete en profunda descomposicion; que los ministros no

se fian unos de otros porque no saben cuál de ellos es el que los ha vendido.

—¡Qué absurdo!..... exclamó el Ministro.

—Y añaden, prosiguió Gil, que el presidente del Consejo busca datos para descubrir al traidor.

—¿Datos de qué?.....

—Datos fehacientes..... seguros, que no puedan ser desmentidos..... en fin, se dice que el jefe de la policía secreta, cuyo nombre se ignora, se halla encargado de indagar á toda costa quién es el autor del famoso artículo de *El Oriente*.

—¿Y qué ha indagado el jefe de la policía secreta? preguntó el Ministro con cierta ironía.

—Parece que el jefe de la policía secreta ha inquirido que, en efecto, el autor del artículo es un ministro.

—¡Pobre jefe de la policía secreta!..... Mas ¿en qué puede fundarse semejante suposicion?.....

—Segun mis noticias; contestó Gil, el jefe de la policía secreta funda la suposicion

en el empeño con que se oculta el autor del artículo.

— Ese artículo, replicó el Ministro con aire desdeñoso, es sin duda del director de *El Oriente*. Si él lo niega es porque le tiene miedo al enojo del Gobierno, del que, como V. sabe, saca una buena subvencion, que cabalmente sale de los fondos secretos de este ministerio.

Gil se inclinó reverentemente, diciendo:

— Perdóneme la reconocida perspicacia de vucencia, excelentísimo señor; pero el director de *El Oriente*, muy listo para tomar subvenciones, es rematadamente tonto para escribir artículos de ese calibre. Vucencia sabe que el estilo es el hombre, y el director de *El Oriente* no es el hombre de ese estilo.

— No formo empeño en sostener mi parecer..... Si no es ése el autor del artículo, será otro, y tenemos lo mismo.

— No es lo mismo, excelentísimo señor; pues supongo que el pobre jefe de la policía secreta se preguntará: «¿Por qué este otro, autor del artículo, renuncia á la celebridad de haberlo escrito y se oculta tan tenazmente

como pudiera hacerlo el autor de un robo ó de un asesinato?»

El Ministro repuso indiferentemente:

— Phs..... puede tener las mismas razones que hemos supuesto en el director de *El Oriente*.

— En cuyo caso, añadió Gil, debe ser una persona de algun modo ligada con el ministerio.

— ¿Por qué no?..... dijo el Ministro.

— Pues bien, ¿qué persona más ligada al ministerio que un ministro?.....

— Sin duda..... ¿pero qué interes puede tener un ministro en desacreditar al ministerio de que forma parte?

— Puede tener el interes del hijo desnaturalizado, que desea la muerte del padre, cuya herencia codicia.

— Por el camino de las suposiciones gratuitas, dijo el Ministro, se puede llegar á todas partes.

Gil confirmó esta observacion, añadiendo:

— Ciertamente; pero V. E. no podrá desconocer que pudiéndose ir á todas partes, se puede tropezar con la parte que se busca.

—Y bien; ¿sobre qué ministro más especialmente cae esa calumnia?

—¡Oh! eso es grave, contestó Gil.

—¿Qué más da un ministro que otro? de todos modos, la suposición es absurda.

—En ese caso lo diré: la calumnia, excelentísimo señor, cae especialmente sobre vucencia.

—No me sorprende.

—Ni á mí tampoco.

—Lo que no comprendo es en qué pueda fundarse semejante especie.

—La especie no se funda más que en sospechas maliciosas, en suposiciones vagas.

—¡Bah!..... es el desahogo de los descontentos.

—Naturalmente, señor; ellos andan á ciegas; pero lo *gravísimo* es que hay datos.

—¡Datos! exclamó S. E. poniéndose de pié. Despues soltó la carcajada, añadiendo: Buenos estarán los datos.

—Son terribles, excelentísimo señor.

—Excita V. mi curiosidad, dijo el Ministro. ¿Qué datos son éstos?

—Datos fehacientes..... seguros..... incontestables.

—¿Cuáles son?

—Son las cuartillas originales de ese maldito artículo.

—¡Imposible! exclamó el Ministro; me consta que han desaparecido de la imprenta, que no existen en la redacción ni en ninguna parte.

Haciendo una profunda reverencia, Gil, que se había levantado cuando el Ministro se puso en pié, replicó:

—Excelentísimo señor, las ha visto el pobre jefe de la policía secreta, y esto es lo *urgentísimo*.

—Aun siendo eso así, dijo S. E. algo pensativo, el activo jefe de la policía secreta no ha descubierto gran cosa, porque teniendo el autor del artículo el propósito de ocultar su nombre, no habrá incurrido en la indiscreción de escribirlo de su puño y letra.

—Precisamente, señor Ministro, replicó Gil, el no haberse descubierto ántes al autor del artículo á pesar de cuantas averiguaciones se han intentado, induce á creer que él

solo está en el secreto, y que, por consiguiente, lo ha escrito de su puño y letra, único modo de ponerse á cubierto de una traición ó de una imprudencia.

—No está eso mal discurrido; pero me ocurre que no habrá sido tan torpe el autor, que tratando de esconder el puño, no haya disfrazado la letra.

—Así lo ha intentado; pero le es muy difícil al que no tiene más que una letra disfrazarla perfectamente en todos sus rasgos y pormenores en la friolera de veinte cuartillas; y es el caso que al traves de las imperfecciones del disfraz, el pobre jefe de la policía secreta ha reconocido al golpe la letra.

El Ministro se mordió el labio inferior, y dijo:

—¿No le parece á V. probable que esas cuartillas no sean auténticas y que en vez de una letra disfrazada haya en ellas una letra que no han sabido imitar?

—Es posible, pero da la fatal coincidencia de que hay en esas fatales cuartillas algunas correcciones hechas por el director de *El Oriente*, circunstancia que da testimonio

de la autenticidad del original; y como si esto no fuera bastante, esas cuartillas acusadoras llevan de letra del regente de la imprenta los nombres de los cajistas que las han compuesto, como se hace siempre; de manera que no hay escape.

Esta vez el Ministro se llevó la mano á la boca y se mordió la uña del dedo pulgar, mientras Gil seguía con la punta de su enorme baston los dibujos aterciopelados de la magnífica alfombra que tenía bajo los piés.

—Vamos, preguntó el consejero responsable despues de un momento de meditacion. ¿De quién dice el astuto jefe de la policía que es la letra de esas cuartillas?.....

Antes de contestar adoptó Gil la actitud más sumisa y respetuosa que encontró á la mano, y fijando los ojos en el Ministro con tenacidad insolente, le dió esta respuesta:

—El jefe de la policía secreta, excelentísimo señor, dice que la letra de las cuartillas es incontestablemente de V. E.

—¡Ah!..... exclamó el Ministro con voz ahogada y apretando los puños. Soy, amigo mio, víctima de alguna intriga infame.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Gil añadió tristemente:

—Pero de una intriga tan hábilmente urdida, que no hay manera de deshacerla.

—¡Oh! esto es increíble..... no puedo creerlo sin ver con mis propios ojos esas cuartillas que me acusan.

—Todas no es posible que V. E. las vea en este momento; pero una sí, añadió sacando su cartera y presentando al Ministro una cuartilla de papel arrugada y ennegrecida..... Vea V. E. si el testimonio es irrefragable. Tratándose de cualquiera de esos delitos que el código castiga, llevado V. E. ante los tribunales, sería condenado por la doble autenticidad de las cuartillas y de la letra mal disfrazada..... pero tratándose de un asunto de esta especie, con salir del ministerio como perro con maza y dejarse despedazar unos cuantos días por la voracidad maldiciente é implacable de la opinion pública, estamos del otro lado.

—No, no, se apresuró á decir el Ministro; es preciso que ese fatal testimonio desaparezca. ¿Quién tiene esas cuartillas?

—Un hombre que sabe lo que tiene.

—¿Y cómo han ido á sus manos?

—Eso importa poco y á nada conduciría saberlo; lo que importa mucho es que las tenga.

—¿Será fácil adquirirlas?

—Le he dicho á V. E.....

El Ministro le interrumpió diciendo:

—Deje V. el tratamiento.

Gil se inclinó por tercera vez, y añadió:

—He dicho que ese hombre sabe lo que tiene.

—¿Será un hombre político?

—No señor, odia cordialmente á todos los partidos y no quiere más que vivir modestamente..... vivir..... por pura curiosidad de saber en qué pára esto; es un hombre muy oscuro, pero muy curioso.

—¿Qué haría V. en mi caso? preguntó su excelencia?

—Yo, contestó Gil, recogería inmediatamente esas cuartillas; porque la intriga está tan bien urdida, que no hay defensa.

—Y ese hombre, ¿qué piensa hacer con ellas?

—Piensa negociarlas con el presidente del.

Consejo de Ministros, que, como se comprende, las tomará á cualquier precio.

— ¿Tiene contra mí alguna ojeriza?

— Ninguna.

— Entonces ¿por qué ha pensado en el presidente del Consejo, y no en mí?

— Porque le es indiferente uno ú otro..... él vende al que le compra.

El Ministro respiró, y apoyándose en el mármol de la chimenea, hizo esta nueva pregunta :

— Vamos á ver; ¿cuánto se puede dar por esas malditas cuartillas?

— No sé lo que se puede dar; únicamente sé lo que se pide.

— ¿Cuánto?

— Una bicoca.

— Diga V.

— Después de muchos esfuerzos, porque el hombre sabe lo que tiene, se ha plantado.....

— ¿En qué?

— En veinte y cinco mil duros.

— ¡Qué barbaridad! exclamó el Ministro.

— ¡Una barbaridad! repitió Gil en el mismo tono.

— ¿De dónde saco yo esa suma?

Gil se encogió de hombros, y ambos guardaron silencio contemplándose frente á frente.

Al fin el Ministro dijo :

— Yo no puedo dar tanto dinero.

— Es mucho, indudablemente es mucho, añadió Gil..... y yo dudo que el presidente del Consejo le dé tanto.

— ¡Oh!..... es una estafa, gritó S. E.

— ¿Por qué, preguntó Gil, no lo llevamos á los tribunales?

Tan candorosa pregunta no obtuvo respuesta, sin duda porque no la oyó el Ministro ó no quiso oirla.

Podían ser ambas cosas, en razon á que se habia alejado de Gil para acercarse á su mesa de escritorio, junto á la cual, saliendo de la pared, habia una especie de tambor que presentaba un círculo de botones de nácar, medio eléctrico de comunicacion instantánea entre el Ministro y las dependencias de su secretaría.

Sobre uno de estos botones apoyó el ín-

dice, y rascándose la cabeza con aire de manifiesta irresolucion, comenzó á dar largos paseos de un extremo á otro del despacho, metidas ambas manos en los bolsillos del pantalon, miéntras Gil, con semblante impasible, echadas atras las manos, seguía con los ojos los dibujos del techo artesonado que se elevaba sobre su cabeza.

Su excelencia rompió al fin aquel triste silencio, exclamando:

—Veinte y cinco mil duros son una buena fortuna para cualquiera.

—Indudablemente, añadió Gil; pero esas cuartillas son para V. E. una gran desgracia.

Una de las puertas del despacho, la que comunicaba con la subsecretaría, se abrió discretamente, dando entrada á un nuevo personaje, que debía ser un alto empleado á pesar de ser un hombre muy pequeño, pues acercándose á él el Ministro, le dijo á media voz:

—Señor Director..... ¿qué nos queda de los fondos secretos?

El Sr. Director miró á Gil, que apartaba los ojos para aplicar los oídos más cómoda-

mente, y en voz más baja que la del Ministro contestó:

—Aun quedan más de treinta mil duros.

—Bien, dijo S. E., necesito veinte y cinco.

—¡Veinte y cinco duros!..... exclamó el Director admirado.

—No, le replicó su jefe, veinte y cinco mil.

El alto funcionario salió inmediatamente, diciéndose estas palabras:

—No es mal pellizco..... ¡veinte y cinco mil duros!..... ¡quinientos mil reales!..... ¡medio millon justo!..... El jefe de la policía secreta nos va á dejar sin fondos secretos.....

Y aplicando esta observacion puramente económica á la política, añadió:

—Se conoce que se conspira de firme.

Poco despues Gil y Agudo salía del despacho del Ministro; los porteros se precipitaban delante de él abriéndole las puertas, pues los porteros conocen al instante la importancia de las personas y no les gusta quedar mal por cortesía más ó ménos con aquellas que están bien con los ministros.